

del canal, y al mismo tiempo á la nadadora alejarse mas y mas, comprendióse que todo estaba perdido.

Púdose aun seguirla durante algunos instantes con ayuda de los catalejos, y distinguir un punto negro que por intervalos surgia en la cima de una ola.

Despues... el punto desapareció... y no se vió nada mas que mar...

Todos los grupos se habian reunido y fundido en uno solo.

Ante la catástrofe que acababa de tener lugar, desaparecia el espíritu de corrillo y la distancia social.

Los aristocráticos habitantes del paseo Saint-Pierre, en Nantes, dignábanse frisar con la clase media del Muelle de la Fosse; las mercachifles del Pouliguen charlaban con las esposas de los armadores.

El ceño provinciano y la necedad humana consentian en borrarse por un momento.

Cada cual deploraba el terrible accidente de que la señorita Berard era víctima.

Cantábanse sus alabanzas en todos los tonos.

Ponderábase su intrepidez.

Y, actualmente, todas las mujeres, sin ni siquiera exceptuar á la capitana de carabineros, reconocian su belleza y la acataban.

Aquello era un coro de lamentos sin fin y un concierto de elogios fúnebres, capaces de darle á uno ganas de morir.

Luciano mezclaba su voz á todas aquellas voces, cuando Desvignes, agarrándole del brazo y arrancándolo á la multitud, le dijo:

—¿Quereis venir á dar una vuelta?

—En este momento ¡oh! no, respondió él; no está mi corazon para paseos. He visto solo un instante á esa pobre jóven, mas su desgracia es tan atroz, tan impensada...

—Que os creeis en el deber de llorar su trágico fin... ¡Pues

bien! llorad conmigo á solas, en vez de llorar con toda esa gente. Tomad, allá sobre aquellas rocas, podremos lamentarnos á pedir de boca.

Á haberse encontrado el joven magistrado en el Tribunal, ocupando su sillón, de seguro que hubiera llamado al orden á Desvignes, y le habria hecho observar quizá que era de muy mal gusto el hablar, con tal ligereza, de una catástrofe que entristecia á todo el mundo.

Pero no hallándose en pleno uso de su cargo para darle una leccion al armador, limitóse á decirle:

—No, las rocas están demasiado lejos, y ya es hora de que vaya á reunirme con mi madre, que presumo debe haber dado fin á sus pesquisas.

—Haceis mal, replicó Desvignes, quizá, acompañándome, os hubiera mostrado algo sumamente curioso. ¡Ea, venid conmigo! ¿teneis por qué quejaros de mi compañía desde hace una hora?

—No tal.

—Venid, pues, añadió, tomándole familiarmente el brazo, y ó mucho me engaño, ó no tardareis en darme gracias por mi insistencia.

Tambien esta vez arrastró Desvignes á Luciano en direccion á Painchateau.

Solo que, llegados á la estremidad de la playa, en lugar de torcer á mano izquierda, é intrincarse en las rocas, alcanzaron la carretera, atravesaron el pueblo en toda su anchura y á los pocos instantes encontráronse hácia el centro de la bahía, en el pintoresco sendero trazado por los carabineros á lo largo de la costa.

Caminaban con precipitado paso, silenciosos...

Desvignes precedia á d'Aubier y le mostraba el camino.

Llegados al sitio donde se encuentra una casilla de carabineros, volvióse el armador hácia su compañero, y le dijo:

—¿Sois sujeto al vértigo?

—Creo que no.

—En ese caso, no vacilareis en bajar hasta la playa por este sendero abierto en la roca.

—Pero si nos encontramos casi al nivel del mar! estas rocas tienen á lo sumo cuatro ó cinco metros de altura!

—Realmente no tienen mas, del lado del Pouliguen; pero el camino de travesía que os he hecho seguir nos ha conducido á la estremidad de la bahía; nos acercamos al Océano; la naturaleza se ha agrandado y la roca que pisamos en este momento tiene á lo menos veinte metros. ¡Mirad!

—En efecto.

—¿No os asusta?

—Nó.

—Entonces, bajemos.

—Bajemos.

Pocos minutos bastáronles para llegar á la playa.

Actualmente el acantilado, pues la costa habia tomado las proporciones de tal, levantábase por encima de sus cabezas.

Ante ellos, estendíase un gran grupo de rocas de desigual grandor y de múltiples formas, grupo que la mar cubria dos horas antes, y que, al retirarse, habia dejado en seco.

—No podemos avanzar mas, dijo Luciano.

—¿Por qué?

—Nos lo impedirán esas rocas.

—Tranquilizaos; daremos la vuelta á las mayores y franquearemos las mas chicas. Mas de diez veces he seguido este camino en compañía de elegantes damas, yendo á pesca de langostinos. Solo hay un riesgo; el de mojarse los piés.

—No temeria yo mojármelos, sí...

—¿Si supierais el objeto de esta desordenada escursion? Un poco de paciencia todavía, que pronto lo sabreis. Permitidme economizar mis efectos escénicos.

—¡Ea! ¡á vos me entrego! Algo me dice que no estamos dando un simple paseo.

—Estad persuadido de ello.

Caminaban lentamente por entre aquel caos de la naturaleza.

Ora empleaban varios minutos en salvar un corto espacio; ora, gracias á un banco de arena, especie de oasis situado entre dos rocas, recorrían en un instante una regular distancia.

Cuanto mas avanzaban, mas colosales proporciones tomaba el acantilado, mas ruidosa y terrible parecía la voz del mar.

Habian dejado atrás, definitivamente, la bahía del Pouliguen, y encontrábase en las orillas del Océano.

Desde hacia un momento, iba Desvignes perdiendo su aplomo.

Deteníase á cada paso, parecia inquieto, y en vez de dar vuelta á las rocas, preferia escalarlas, y llegado á su cima, consultar el horizonte.

—¿Y bien? preguntóle repentinamente d'Aubier, al reunirsele despues de su última ascencion.

—¡Y bien! respondió Desvignes con un acento en el que se traslucia cierta emocion; no acierto á comprender...

—Menos que vos acierto yo, dijo Luciano.

Adivinó el armador el reproche que encerraban estas palabras, y volviéndose hácia su compañero:

—Perdonadme, le dijo; pensaba causaros una sorpresa. Esto os explicará mi silencio y el misterio de que me he rodeado. Pero empiezo á temer que me he equivocado; dudo de mí mismo y os debo una explicacion.

Fatigados por aquella carrera que habia durado mas de una hora, apoyáronse los dos amigos contra una roca, y Desvignes añadió:

—Si os he arrancado del grupo donde todos se lamentaban por la muerte de la señorita Berard, ha sido porque yo no creia en tal muerte. Segun mi opinion, la señorita Diana era dema-

siado buena nadadora, tenía demasiada sangre fría para dejarse morir tan miserablemente. Ocurrióseme la idea de que, en lugar de intentar volver á la playa, la señorita Berard había debido, al contrario, alejarse de ella y nadar hácia el punto de la costa donde nos encontramos actualmente y al cual la corriente la arrastraba.

—Pero, si así fuese, no se la habría visto desaparecer de improviso.

—Á la distancia que nos separaba de ella, mas de un kilómetro y medio, los mejores catalejos dejan que desear. En estos sitios la mar es agitada y sus olas pueden fácilmente ocultar una cabeza que sale del agua, y que viene á ser un punto imperceptible en el horizonte. Por otra parte, la mar había bajado mucho, las rocas antes cubiertas destacábanse á la entrada de la bahía, y la señorita Diana podía haber alcanzado á una de ellas, desapareciendo así á las miradas de todos.

—Sí, vuestra esperanza se esplica. Y, ahora, ¿la habeis perdido ya?

—En todo caso, si alguna me resta es bien poca, dijo Desvignes suspirando. Acabamos de recorrer toda la costa donde la señorita Berard debía, á mi entender, haberse refugiado, y nada, absolutamente nada nos indica su presencia...

—Tal vez se halle oculta en alguna de esas grutas, objetó Luciano que se resistía á perder toda esperanza.

—Así lo creí todavía, poco há; pero ¡ay! mi última ascension me ha convencido de que la costa está desierta.

Detúvose...

Durante uno de esos brevísimos instantes en que el mar parece callarse y recojarse, para mugir luego con mayor estrépito, un canto lleno, sonoro, vibrante, acababa de repente de sonar.

—¡Silencio! dijo Desvignes á Luciano, quien, sumamente conmovido, iba á interrogarle. ¡Escuchemos!

Pero el Océano volvía á bramar; su titánica voz cubría la voz humana.

Pasado un minuto, durante el cual aplicaron inútilmente el oído, dijo d'Aubier á su compañero:

—¿Habeis reconocido esa voz?

—Nó... ó por lo menos, no me atrevo á decir que sí.

—En todo caso, la costa no está, como afirmabais, desierta.

—Evidentemente, habrá que buscar...

Y ambos emprendieron de nuevo la marcha, parándose á cada paso, escuchando, mirando en torno suyo.

¡Tarea inútil!

Sobre sus cabezas, lucía el cielo con notable serenidad.

Ante ellos, erguíase el mismo dédalo de rocas.

Á lo lejos, la mar ondulaba franjeada de espuma.

Iban tal vez á abandonar sus pesquisas y á volver sobre sus pasos, cuando la voz vibró de nuevo; pero, esta vez, á pocos metros de distancia, tras de un monton de rocas cuya ascension se disponian á efectuar.

Entonces, despues de trocar una ojeada, que parecia decir: recompensadas están nuestras penas, avanzaron lentamente, silenciosos y conmovidos.

Pronto detuviéronse.

En una pequeña ensenada misteriosa, de apenas algunos piés, acababan de descubrir á la señorita Diana Berard, la cual, tendida sobre la arena, reposaba de sus fatigas, y se secaba al sol.

Nada aparecia cambiado en su *toilette*.

Su traje de baño no indicaba haberse resentido de la larga permanencia que habia hecho en el agua.

Su cinturón continuaba dibujando su talle, y sus alpargatas cubrian sus piés, cual si su propietaria acabase de salir de su barraca para dirigirse al mar.

Únicamente sus cabellos no estaban replegados coquetamen-

te encima de su cabeza ; habíalos desatado y se esparcían en torno de ella en densas ondas.

Tendida á lo largo, un tanto inclinada sobre el costado derecho, cruzada graciosamente una pierna con otra, hundido un brazo en la arena como sirviendo de almohada á su cabeza, contemplaba la jóven el mar y entonaba una barcarola italiana.

—¡ Gracias sean dadas al cielo , señorita , pues al fin os encontramos buena y sana ! exclamó de repente Desvignes.

Ella exhaló un grito de espanto, irguióse vivamente , echó atrás su frondosa cabellera y reconociendo al armador:

—¡ Ah ! dijo levantándose ¡ me habeis dado un miedo !

—¡ Sí , quejaos ! repuso Desvignes ; quejaos ! como si nosotros no hubiésemos tenido diez veces mas miedo que vos.

—Y ¿ de qué , Dios mio ?

—De perderos , señorita. Desde há dos horas todo el Pouliguen os cree muerta.

—¿ Muerta ?

—Sí , muerta , ahogada.

—¡ Yo !

—Vos. Pero, antes de entrar en mas detalles , permitidme que os presente al señor Luciano d'Aubier, sustituto del procurador imperial de Nantes. Mi amigo ha tenido á bien ayudarme á explorar esta costa para encontraros.

Ella contestó con un sonrís y un gracioso movimiento de cabeza al profundo saludo de Luciano.

Despues, dirigiéndose á Desvignes :

—¿ Segun eso, vos no me habeis creído ahogada ? le preguntó.

—Yo, señorita, alentaba una vaga esperanza, una especie de presentimiento... pero era el único.

—¿ No compartía el señor vuestras dudas ?

—El señor, contestó el armador, solo ha compartido mis fatigas, y creed que empiezan á formar número...

—Tomaos, pues, la pena de sentaros, señores , exclamó ella riendo.

Y, para dar ejemplo, sentóse al momento en la arena.

—¡ Cómo ! ¿ no me imitais ? añadió, dirigiéndose á Luciano, quien , completamente aturdido por las emociones de aquel dia único en su existencia, permanecía inmóvil contemplándola.

Interpelado de esta suerte, creyó d'Aubier deber sentarse á su vez ; solo que, queriendo conservar cierta dignidad, limitóse á tomar asiento en una fragosidad de la roca.

Desvignes contentóse con la arena que tan graciosamente le ofrecían, y sentóse en ella , frente á la señorita Diana, á quien dijo :

—Por lo visto, no os dais gran prisa en ir á tranquilizar á las personas que en la actualidad lloran vuestro fin ?

—No creo que hableis formalmente, replicó ella. Nadie me llora, bien lo sabeis ; solo mi padre podría tener ese buen sentimiento y me apresuraria á tranquilizarle si se encontrase en el Pouliguen. Pero ha salido esta mañana para Saint-Nazaire, y, preocupado por su hélice, ni siquiera sospecha los rumores que en la actualidad circulan tocante á su hija. Sola en casa mi doncella estará calculando, segura estoy de ello , lo que mi muerte va á proporcionarle ; apuesto á que examina mi guarda-ropa y que se lo apropia en expectativa.

—Pocas ilusiones teneis, señorita, observó Luciano.

— No tengo ninguna , caballero , contestó ella con su mas gracioso sonrís , y volviéndose á Desvignes : por lo que atañe á los habitantes del Pouliguen, no creo que penseis que deba yo inquietarme por sus lágrimas. Si algun alma tierna y sensible ha derramado, por casualidad, una ó dos, ya deben á estas horas estar secas, no lo dudeis.

—Sé de uno, dijo el armador, que llora mucho en este momento ; lo apostaria...

—¿ Quién ?

—El señor de Sery.

No pudo Diana disimular un fruncimiento de cejas, y replicó:

—¡Oh! ¡en cuánto á ese, poco me importa!

—Sin embargo...

—Sin embargo, me solicitó en matrimonio ¿verdad? eso ibais á decir. Convengo en que fue una bella accion, y rarísima por cierto. En mi cualidad de mayor y sin dote, sé á que atenerme sobre el desinterés de los hombres. Pero mi padre, todavía no ha podido olvidarlo, tomó en serio ese proyecto de matrimonio; á veces me habla de ello, y ahí teneis un motivo de discordia entre los dos. Mas generoso se hubiera mostrado de Sery callándose, é igualmente provechoso para él, pues en verdad que con él no me he de casar. Jamás daré mi mano á un hombre viejo y enfermo, aunque me ofreciese el mas bello apellido y todos los millones de la tierra. Si me confieso así, mi querido señor Desvignes, es porque vuestra mujer ha tenido á bien el otro dia, abogar ante mí en favor del señor de Sery; es necesario, pues, que conozca mi manera de pensar.

—Descubriré el secreto de vuestra confesion, señorita, haré mas, le diré unas cuantas palabras sobre el particular á ese pobre baron, á fin de impedir que conserve una esperanza tan pronto fallida. ¡Cuando pienso que poco há, ha sido uno de los primeros en correr á vuestro socorro!

—¿Á nado? exclamó Diana saltando la carejada ¡oh! ¡no lo creo!

—En lancha, replicó Desvignes.

—Enhorabuena; esto entra en sus facultades. ¡Y bien! ¿por qué no me ha salvado?

—Cuando llegó á los Impairs, acababais de desaparecer.

—¡Llegar tarde! ¡vamos! ¡hay personas que no son afortunadas!

—Como preví, exclamó Desvignes, encantado de la sagaci-

dad que habia mostrado y deseando que le admirasen, como preví, os habeis dirigido hácia la costa grande, despues de haber reconocido la imposibilidad de remontar la corriente y de regresar á la playa.

—¿Cómo? ¿qué decís? exclamó la linda bañista, contemplándole con aire burlon ¡qué yo no podia remontar la corriente! Divagais, querido Desvignes, divagais. Si hubiese yo partido de la playa con intencion de volver á ella, nada me hubiera detenido. No creo en los obstáculos; con sangre fria y con voluntad todos se vencen. Mi resolucion, por hoy, era sencillamente la de atravesar la bahía; tenia trazado de antemano el itinerario. He hecho un alto en los Impairs y me he dirigido hácia esta costa ayudándome de la corriente en vez de dejarme arrastrar por ella, como habeis creído.

—Hacedme, cuando menos, la justicia, observó Desvignes, que solo yo, entre todos, no he dudado de vos. Héme dicho: la señorita Berard no es mujer para dejarse ahogar así como así.

—Y habeis tenido razon. De muerte violenta podré morir; pero, lo que es ahogada, nó. La mar me es completamente adicta, la amo demasiado para que intente dañarme.

Y volviéndose bruscamente á Luciano:

—¿Sabeis nadar, caballero? le preguntó.

—¡Ah! nó, señorita, respondió éste, y me avergüenzo de confesar mi inesperienza ante una nadadora tan hábil como vos.

—Y ¿por qué? si os empeñais, fácil os será aprender. Vos no os parecis á ese señor de Sery; nada se opone á que en poco tiempo os volvais intrépido nadador. Si quereis, haremos un trato. Os daré, no lecciones, sino consejos de natacion, y en cambio vos me procurareis los medios, en vuestra calidad de magistrado, y á mi regreso á la ciudad, de asistir á veces á las sesiones del Tribunal del Crimen. ¡Oh! ¡adoro las emociones de un proceso criminal! No os deis prisa á censurar esta aficion en una señorita; en primer lugar, tened en cuenta que

me he educado por mí sola, es decir: pésimamente; luego, ya soy mayor de edad, temo mucho no poder casarme jamás, y he tomado la resolución de vivir como una viuda... es decir... de satisfacer mis caprichos... tolerados.

—Si gustais, señorita, vereis juzgar á todos los asesinos de la comarca.

—¡Ehorabuena! Mi padre me llevó ya un día á la Audiencia de Nantes, y allí os ví informar. Teneis mucho talento, lo digo sin lisonja; un talento algo frio, como á mí me agrada.

Detúvose de repente, y levantándose:

—Señores, si habeis reposado bastante, dijo, opino que nos dirijamos al Pouliguen. No se trata de tranquilizar á las poblaciones alarmadas, cosa de que me inquieto poquísimo, sino de comer, lo cual es precioso, sobre todo despues de haber hecho, como nosotros, un poco de ejercicio.

—En marcha, dijo Desvignes. Haremos una entrada regia: desde aquí veo ya el asombro general.

Pero, parándose bruscamente.

—¡Oh! ¡Dios mio! exclamó.

—¿Qué pasa?

—Estaba seguro de encontraros aquí, y no se me ha ocurrido la idea de traeros vuestra bata; esto es absurdo.

—¡Pues no me embarazaria poco, con este calor y este sol! ¡veríame precisada á llevarla doblada al brazo!

—¿No estais mojada ya?

—Ni una gota.

—Entonces, todo va bien, replicó Desvignes siguiendo á la señorita Berard, que abrió la marcha á través de las rocas. Sin embargo, continuó, echo de menos la bata, que hubiera atestiguado de un modo material mi inteligencia. Creerán, tal vez, que os he encontrado por casualidad.

—Si la hubieseis traído, dijo Diana, probablemente no me hubierais encontrado; es un porta-desventuras.

En Baden, donde pasé una estacion con mi padre, quien, en su calidad de inventor, habia tambien soñado un pequeño sistema para desbancar á todos los banqueros habidos y por haber, y entre paréntesis, el desbancado ha sido siempre él, observé varias veces á un caballero, cuyos bolsillos iban provistos de dos ó tres saquitos de lienzo destinados á guardar el dinero que, infaliblemente, debia ganar.

Nunca tuvo ocasion de embolsar ni un miserable florin.

La misma suerte hubiera tenido mi bata.

En castigo de tanto lujo de precauciones habriais regresado con ella sin mí: ¿no vale mas que regreseis conmigo sin ella?

Así departian la señorita Berard y Desvignes, mientras andaban, en tanto que Luciano les seguia á cierta distancia, con inseguro paso.

El magistrado, tan sólido en su sillón en el Tribunal, tan notable por su sangre fria y firmeza, que jamás habian logrado intimidar el acusado, ni los testigos, ni el defensor, aunque fuese un abogado de fama, sentíase, desde un momento antes, aturdido, pasmado, embriagado en cierto modo.

Tal estado lo atribuia al aire corriente á que no estaba habituado, al viento, al sol, al ruido incesante de las olas estrellándose en las rocas, á mil impresiones nuevas para él, y por lo tanto muy activas.

«No pensaba en achacar á la señorita Berard la responsabilidad de su aturdimiento, ni en decirse: á causa de ella y por ella sola, desde hace algunas horas, caminé de asombro en asombro, pasó de una emocion á otra, experimento impresiones para mí desconocidas. Pintánnela desde un principio de un modo tan pintoresco, bajo tan estraños colores, que escitan en el mas alto grado mi imaginacion y mi curiosidad.

Cuéntanme su vida; nuevo asombro, nuevo interés por mi parte.

No tarda en aparecérseme ella.

Llega á la playa, pasa ante mí, y nunca criatura mas bella, mas seductora habia asombrado mi mirada; nunca soñara yo un conjunto tan completo de perfectas bellezas, de incitantes gracias.

Lánzase al mar; nada; se aleja, y no puedo evitar el seguirla con la vista, y el pensar solo en ella.

De repente ¡nueva emocion! ¡emocion terrible!

Todos la creen muerta.

Yo sufro y me lamento.

Pero hé aquí que Desvignes me arrastra lejos, muy lejos, á mí, que nunca pisé sino los asfaltos de las aceras, la alfombra de los salones y el entarimado de las salas de audiencia.

Y sin embargo, doy cima á una carrera vertiginosa por las rocas, á través de obstáculos mil, para lograr encontrarme en presencia de mi bella resucitada.

Me habla, y jamás en soltera alguna, en ninguna casada he hallado originalidad tanta.

¡Qué claridad y franqueza de espresion!

¡Qué ideas decididas sobre todas las cosas!

¡Qué voluntad ardiente y sin embargo, reflexiva!

¡Cuán poco se asemeja á todas esas muñecas de salon, de empalagosa dulzura, prestas á repetir por la noche la leccion maternal aprendida por la mañana!

Y, ahora mismo, si permanezco tras de ella, si en vez de andar á su lado, la sigo á distancia, es porque no puedo cansarme de contemplarla, de admirarla.

Mis sentidos dormitantes han sido sobrescitados con tanta habilidad, que por fin acaban de despertar.

No son, nó los ardores del sol, los acres perfumes de la mar, no es el ruido de las olas lo que me embriaga, nó.

Es su voz vibrante, su andar voluptuoso, sus luengos cabellos de pronunciado matiz, su nuca pródiga en vello, las vigorosas líneas de su cuello, sus desarrollados hombros, su talle

elegante y torneado, sus amplias caderas perfectamente dibujadas bajo su traje de baño.

Es, por fin, el misterioso perfume que se desprende de ella, y que yo aspiro con delicia.

Ha hecho nacer en mí todo un mundo de sensaciones desconocidas.

Poco ha, era yo no mas que un magistrado.

En la actualidad soy un hombre.»

No se daba cuenta, probablemente, la señorita Berard de las sensaciones que causaba, por cuanto parecia preocupada y hasta enojada de la poca solitud de Luciano en acercarse á ella.

Á menudo, volvíase como para decirle: «Venid á interrumpir la monotonía de mi diálogo con Desvignes; convengo en que es un hombre encantador, muy poco provinciano y cuya conversacion es puramente parisiense; pero está casado, es padre de familia y ha cumplido ya sus cuarenta.»

Otras veces, en el momento de practicar una ascension difícil, parecia pedirle el apoyo de su brazo.

Mas el sustituto permanecia insensible á tales provocacioncillas.

Nada bastaba á distraerle de su arrobamiento.

Esta aparente frialdad, esta indiferencia producidas por una admiracion demasiado viva, debian ser de mas utilidad á Luciano d' Aubier, que lo hubieran sido sollicitas atenciones por su parte, triviales cumplimientos y una franca expansion.

Habituada á los homenajes rendidos á su belleza, debia por fuerza notar al primer hombre que se negara á pagarle en tributo.

Si Luciano era culpable, para con ella, de falta de gusto, por lo menos no pecaba de trivialidad, y manifestaba su aversion á los senderos trillados.

Al mismo tiempo, la reserva con que se acogian los avances